

La verdad sobre la tragedia de Casas Viejas

007270

Por el Comité Nacional de la Confederación Nacional
del Trabajo



TIERRAS, MUCHAS TIERRAS

Como muchos de la provincia gaditana es mísero, mísero dentro de la más exuberante riqueza.

¡Tierras! ¡Oh, sí! Muchas tierras que jamás llegará el arado a desgarrarlas, a abrir el surco que haría germinar pródigamente semillas benéficas a la colectividad productora.

Tierras, muchas tierras, que sólo aprovecharon su prodigalidad unas vacas, unos cerdos, unas ovejas, unos toros de casta, recreo y lujo, alarde de vanidad y petulancia de gente taurófila y flamenca. Causantes de vicios prostituidores en tardes domingueras, entre aquellos obreros explotados de la capital hermana.

Tierras, muchas tierras, criadero natural de espárragos y tagarninas que los campesinos tenían que coger para de esta manera subvenir a sus más perentorias necesidades fisiológicas, llevando en su éxodo diario a sus niños pequeñitos con la esportilla a cuestas, deambulando por los montes en busca de unos reales amargos, para aumentar el ingreso minúsculo después de tantos sacrificios de aquel hogar proletario. Y aquel niño trabajaba desesperadamente sin más esperanzas que un día y otro ir al campo. ¡Escuela! ¡Cultura! ¡Ah, sociedad miserable! Eso

se lo vedabas en absoluto. Aquel niño ha tenido—desde su más tierna infancia—que ir al campo por espárragos y tagarninas, soportando todas las inclemencias del tiempo, aun en aquellos lluviosos días en que la tormenta les sorprendió en el monte y al regresar encontrábase con los ríos Alamo y Barbate crecidísimos teniendo que cruzarlos a nado o echando mano de una caballería donde la encontrasen.

¡Vida esta, siempre, perra y mísera, odiada y anatematizada al través de años y años de calvario trágico buscando el inaccesible yantar!

Tierras, muchas tierras, criadero de conejos, liebres, perdices, que unos hombres de espíritu aventurero furtivamente conseguían cazar en los cotos, expuestos diariamente a recibir un balazo de aquellos celosos guardadores de las propiedades de unos señores de aquellas tierras que de tarde en tarde llegaron a cruzar en un magnífico automóvil o en sus bien ataviadas caballerías, en días que fueron a visitar sus campos por sport.

Tierras, muchas tierras desoladas por faltarles el hábito de vida que los hombres le darían al plantar árboles, al cuidar con esmero unas tierras ubérrimas, al hermo-searlas con unas casitas do unos campesinos laborasen individual o colectivamente aquel suelo. Al calor de unos hijos y la compañera animosa y buena, que brega en la lucha diaria por hacer de su casita un templo de trabajo y de vida, bienhechor y feliz.

Tierras, muchas tierras desiertas, ¡desiertas! Una choza allá lejos habitada por un guarda, un pastor, un vaquero. Alambradas muchas. Huertas, que sólo tienen el nombre. Abundantes manantiales de bonísimas aguas que se pierden en unas hermosísimas—si se cultivaran—vegas, encharcadas en verano y en invierno.

Tierras, muchas tierras, de los capitalistas, de los grandes terratenientes. No existe clase media ninguna. Pobres, pobres. Ricos, ricos. Dos clases antagónicas a más no poder. Chocando directamente, al no mediar esa clase tan codiciada por los partidos políticos.

Tierras, muchas tierras, que los campesinos removieran un día y otro, maldiciendo su penoso vivir, odiando interiormente tanta injusticia, tiranía y hambre; pensando en algo que les librase de su abyecto calvario, sintiendo en sus corazones ilusiones esperanzadoras, de ver convertidos en realidades unos sueños de justicias y libertades manumisoras.

MANIOBRA DE CACIQUES Y SUICIDIO DEL PRESIDENTE DEL SINDICATO

¡Pequeña aldeíta de Casas Viejas que vistes al compañero Zumaguero—presidente del Sindicato en aquel gran período de luchas sindicales 1919-1920—suicidarse por culpa de una maniobra infame de don Antonio Vela, padre de los caciques actuales, Juan y José Vela!

Aquello fué uno de tantos atropellos cometidos contra los idealistas y contra la C.N.T. El Sindicato tenía una fuerza considerable. El miedo de la burguesía era fantástico. Eso de ver a los trabajadores abandonar las tabernas y marcharse al Centro obrero, eso no lo podían ellos tolerar.

“¡Ah! ¡Nuestras propiedades, nuestras vidas! ¡Eso es una “mano negra” que hemos de extirpar!”

Palabras que profusamente circulaban, de uno a otro burgués, llegando como es natural al jefe de puesto de la Guardia civil.

Este incondicionalmente pónese a disposición de aquellos “respetables señores”.

Llaman a careo a Zumaguero. Lo coaccionan. Lo amedrantan. —¡Firma, firma en este papel en blanco! Si esto no es para nada malo, hombre!”

Y Zumaguero firmó. Sin saber lo que era aquello, sin pensar ni remotamente en el Sindicato, sin ni siquiera sospechar el mal que había hecho a los demás y a sí mismo.

A los pocos días un registro en el Centro. Aparece en un cajón una extensa lista con nombres y apellidos de

todos los burgueses de Medina y Casas Viejas, haciéndose constar en ella que tenían que matar a los Enriles, los Benítez Bello. El Marqués de Negrón, el administrador de los Medinaceli. Los Polainas, los Velas, los Pérez Blanco, los Benítez Picaso y muchos más y firmado este documento por Zumagüero, presidente del Sindicato.

Empiezan a detener en Casas Viejas. Zumagüero al darse exacta cuenta de lo que había hecho huye al monte, a las cercanías del Convento del Cuervo, desesperado, rebelado contra sí mismo, llorando como un niño. (Lo vieron llorar por el camino.)

No vió más resolución que el suicidio. Se dió dos tiros con una escopeta. Una carta explicó la incógnita de su muerte, en la que se mostraba quiénes le indujeron a firmar un papel en blanco.

Pero allá, en Medina, bastantes campesinos pasaron meses en la cárcel. A su regreso no había Sindicato. El pánico lo invadió todo. Seguidamente, la dictadura. Y los primeros albores de un rojo ideal quedaron aplastados al nacer por una maniobra de caciques responsables del suicidio de aquel noble compañero, que tomó aquella determinación obsesionado ya por el concepto que los demás pudieran tener de él, al suponerlo traidor a la causa.

A los 15 años aproximadamente ha muerto su hijo fusilado defendiendo la misma causa que el padre. Siempre quizá sentiría en su pecho ansias de venganza, de eliminar a los descendientes de quienes a su padre lo arrastrasen a la muerte, y sin embargo no fué a disparar contra ninguno de aquellos hijos del Vela fatídico.

No era odio pagado con odios. Eran odios, resentimientos que pasaron y que ahora él, ellos querían—¡oh santa ilusión!—pagarlos con nobleza, con bondades, abriéndoles los brazos a los hombres para formar la gran familia... No era todo materia lo que a estos hombres impulsó, no. Había un exceso de idealismo, de espiritualidad grandiosa: idealismo y espiritualidad que no comprenden ni con-

ciben los eternos... sojuzgadores, explotadores y tiranos de hombres y pueblos.

¡Oh violencia, violencia justiciera, te impones ante estas realidades! ¡Oh rosas rojas de violenta pasión, abrid vuestros pétalos sangrantes en nuestros pechos y sed impulsoras de los brazos que han de limpiar de malezas la sublime ruta de liberación!

GESTACION DE REBELDIAS ANARQUICAS

Defraudadas las esperanzas que en la República pudieran haber tenido, hartos de una espera continuada de mejoras económicas y morales que nunca llegaron, viéndose escarnecidos en un Centro republicano y socialista que al advenimiento del "enchufismo" fundaron, irritados de visitas, charlas, promesas y evasivas, decidieron hacer un Sindicato al margen por completo de la política, que absorbidos los tuvo durante un breve lapso de tiempo.

La fundación del Sindicato, tras de vencer no pocos obstáculos, fué en marzo del pasado año. Varios compañeros de la comarca, les han explicado las tácticas y principios de la C.N.T., también les han explicado lo que es la Anarquía y cómo se viviría en un régimen Comunista libertario.

El entusiasmo es indescriptible. La semilla ha caído en campo virgen. Resurgió la espiritualidad de un pueblo adormecida por tantos años, carente de expansionar sus sentires y sus deseos de emancipación. En seguida se adherieron a la Federación Comarcal de Campesinos de Jerez, afecta a la C.N.T. "El Luchador", "La Novela Ideal" y "La Voz del Campesino" es la prensa que más se lee. Ultimamente "Tierra y Libertad" y "C.N.T."

El Sindicato estaba materialmente abarrotado. El vicio de ir al café a jugar a las cartas, había desaparecido rápidamente. En los cafés se comentaba, se leía, se discutía, sobre la situación social y los problemas que el pueblo tiene que resolver. El Sindicato era una escuela para todos. Hombres, mujeres y niños leían ávidamente, ansio-

sos de llevar a sus mentes unas ideas superiores, que los regenerase de tantas imperfecciones morales y físicas.

Unos quinientos socios tenía el Sindicato. Todos los productores de la localidad ingresaron en la C.N.T., baluarte nacional de grandiosas luchas y gestas en pro de la emancipación de los trabajadores, al debatirse diariamente contra todas las instituciones sanguinarias y coercitivas del Estado socialista que regaba ignominiosamente los pueblos con la sangre de aquellos proletarios de buena fe, que un día dieran una papeleta para encumbrar a unos hombres en el Poder, de aquel Poder que asesinó a obreros en Sevilla, en Jeresa, en Epila, en Barcelona, en Arnedo, entonces sangrando aún...

¡Quién iba a decirles que antes de un año, ellos, los que lloraron de rabia, indignación y dolor con los relatos del pueblecito ametrallado por la guardia civil que no reparó en niños, mujeres ni ancianos, sería también asesinado no por la guardia civil, "leyenda negra de la España inculta, abandonada y miserable", sino por los guardias de asalto; creación de las mentes republicanas, para terminar con la "miserable, abandonada e inculta España de la negra leyenda".

¡Pueblo, mísero y noble! ¡Pueblo que evolucionastes al compás de múltiples desengaños! ¡Pueblo que plascastes en tu espiritualidad racial un anhelo generoso de nuevo vivir armónico y libre, serás un jalón histórico de las luchas proletarias; te habrás convertido en audaz y valeroso guerrillero que ha llevado más adelante la enseña promisoriosa de un rojinegro amanecer revolucionario, impulsando con tu sangre y tus mártires sublimes la caída de regímenes de oprobio; has demostrado la heroicidad de tus hijos, galeotes inyectadores de savias rebeldes al pueblo oprimido, que silenciosamente va forjando con sangre, lágrimas y martirios el gran combate liberador de la Humanidad!

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

Era la noche del día 10 de enero de 1933. Habíanse llegado noticias de unos levantamientos revolucionarios en Barcelona, Valencia, quizá Sevilla...

"¡La revolución, la revolución, compañeros! No hay tiempo que perder. Esta vida así es insoportable. No podemos comer, ni medio comer. Nadie nos atiende. Nunca las autoridades nos escuchan. Siempre tomando socorro indigno de un alcalde, vil metal que procede de manos de nuestros mismos explotadores. Ayer fulano no comió, Aquél tiene el niño enfermo, y como no tiene ni una perra gorda, ni don Federico Ortiz lo visita, ni tiene para medicinas. ¡Esto es insoportable! Y a lo mejor estamos aquí como unos cobardes y el resto de España arde..." Así hablan los campesinos unos con otros.

—Pero ¿hay noticias ciertas de movimiento?

—No. ¿Es que queréis que todo proceda de arriba? ¡Lo que hay que hacer es obrar! ¡Encendamos el fuego, el fuego de la revolución!—gritaban muchos, todos, deseosos de terminar—no con los hombres, sino con las instituciones, culpables de tanta carencia de pan y libertades.

Se emprende febrilmente la tarea de preparación revolucionaria. Cada cual acopla sus medios defensivos.

Nadie ya pensaba en esperar, en enterarse de nada. ¿Para qué? "Era perder el tiempo." ¡Adelante! Este era el grito unánime. El sentir general. Se prendió la chispa al choque de unas opiniones idénticas y de una cohesionada palpitación. Empieza la acción, hija indudablemente de unas bellas teorías que han de convertirse en realidades.

Quedan cortadas las comunicaciones simultáneamente. Unas zanjas impiden el tránsito rodado por la carretera. Se toman algunas precauciones para en caso de ataque poder defenderse superiormente.

Son dueños de la situación aquella noche en que la mayoría del pueblo duerme tranquilamente. Solamente unos

hombres escopeta al hombro lo recorren, repitiendo sus pisadas las casonas próximas, envueltas en el más absoluto silencio.

EL TRIUNFO DEL COMUNISMO LIBERTARIO

Amanece el día 11, más luminoso que todos los amaneceres conocidos por aquellos campesinos. La bandera rojinegra ondeaba en el Sindicato como enseña promisoría de un mundo que desapareció para siempre por tiránico e injusto, dando paso a una era de libertad, igualdad y amor entre los seres humanos.

Ufanos aquellos hombres, invadidos del optimismo, de la fe en sus ideales y en el renacimiento de todos los pueblos hispanos. La alegría se desborda. Inicia-se la lucha, pero no agresiva, cruel e inhumana; sino amable, con alteza de miras. Aquellos "incultos", aquellos "hombres fieras" rápidamente triunfaron. Sin tiroteos, sin querer saciar un odio acumulado al haber sido siempre objeto de tantos vejámenes. Sin ofender a ninguna señorita burguesa (aunque la prensa haya dado una lista de jóvenes que los revolucionarios "tenían" que ahorcar. ¡Cuánta baba!).

Había llegado el día de pagar odios, vejámenes y sufrimientos con amor y nobleza. Con una confraternización general. El nuevo espíritu social imponíase en el pueblo, sin una voz, sin un gesto de mando autoritario.

La defensa era precisa, necesaria. Pidiéronse armas a la burguesía. Sólo uno, José Vela, se resistió y disparó contra los revolucionarios.

El comunismo libertario triunfante captó las simpatías de todos, aun de los más reacios a cualquier innovación progresiva.

Hombres que nunca mezclarán en la organización, aparecían radiantes, dispuestos a cooperar con todos sus entusiasmos por la consolidación del nuevo régimen social que los libraría de yugos y cadenas de esclavitud e ignorancia.

Unas cuantas horas de comunismo libertario, ¡breves horas de ensueño y dinamismo! Aquel día fué el único que en la aldea nadie absolutamente se quedara sin almorzar. No es que derrocharan, ni asaltaran los almacenes, ni emplearan groserías. Nada de esto. Se visitaron los almacenes, y los comerciantes se dispusieron a entregar lo que cada familia pidiera para comer. ¡Cuánta alegría en todos los rostros! ¡Cuántos efusivos abrazos y apretones de manos! Delirio apoteósico al ver que sin sangre eran dueños del pueblecito mísero. Al ver la bandera rojinegra ondeando al impulso suave del viento, que parecía dar alientos optimistas a los nobles campesinos que empezaban a vivir la soñada sociedad libertaria.

EL PRIMER HERIDO

Llegan los primeros Guardias civiles procedentes de Alcalá de los Gazúles. Los trabajadores siéntense un poco molestos por la presencia de gente armada del exterior.

Ya ha sido avisado el Alcalde para que comunique al sargento la actitud del pueblo que es completamente pacífica, pero que desean entreguen las armas los civiles y sus vidas serían absolutamente respetadas. El alcalde pá-sale aviso pero ¡oh vanidad y petulancia militarista! aquel sargento se pone rabioso.

—¡Esos! ¡Esos quieren que yo me rinda! ¡Cuando no quede ni uno!

Aquellos nuevos guardias recorren la calle principal del pueblo. Se han parado junto a un portón que da acceso a un patio de típica casa de campo. Con las culatas de los fusiles llaman.

Aparece en el patio un hombre, llamado Juan Cabezas, con un niño pequeño en brazos.

—¿Qué desean ustedes?—pregunta.

—¡Queremos que cierre usted esa puerta inmediatamente!

Aquel hombre ha saltado al niño en el suelo y se dirige a la puerta para cerrarla. Unos dos metros faltábanle

para llegar, cuando sonó una detonación en el patio y un hombre cayó al suelo.

Los guardias civiles, cuando se cercioraron que no había nadie más en la casa siguieron calle abajo.

Acuden las vecinas. Empiezan a ponerle trapos en las heridas que manaban sangre abundantemente. Tarea casi nula: Juan Cabezas había sido atravesado por la bala de costado a costado.

En aquel momento llega su hija, la compañera Ana Cabezas Valle y se encuentra aquel cuadro. Su padre medio muerto. Su hermanito llorando, cuando momentos antes ambos reían, contentos, al saber que los amargos sinsabores de la lucha cotidiana habrían de terminar.

Este fué el principio que alentó a la guardia civil y a los trabajadores. El sargento se ha asomado a una ventana del cuartel y ha disparado. Está dispuesto a matar gentes. Pero cosa inesperada por él. Una descarga de plomo loberos ha entrado por las ventanas. El sargento recibe un balacillo en un ojo. Un guardia también es herido.

¡Ha empezado a derramarse la sangre!

Un coche seguidamente se prepara. Allá marchan hacia el Hospital de Mora, el único herido de la sangrienta jornada de Casas Viejas con unos civiles que habían de morir mientras él se había de salvar.

¡FUERZAS! ¡MUCHAS FUERZAS!

Han llegado más guardias civiles y de asalto, en el atardecer, indeciso, sí (pues se había empezado la lucha), tenían sangre de una y otra parte, y no había noticias, no sabían nada del exterior. Los guardias entran en el pueblo y nadie los molesta. Ibanse apeando en la plaza, que seguidamente ocupan, como igualmente los puntos más estratégicos de aquella parte baja de la aldea. Los revolucionarios han debido replegarse a las pequeñas metasetas, desde donde dominan admirablemente el sitio ocupado por la fuerza pública. Empieza el ataque. Han in-

tentado quitar la bandera rojinegra. Vano empeño. Las balas revolucionarias meten pánico. Tiroteos intensivos. Después de un rato de calma, los revolucionarios creen haber dominado ya la situación nuevamente.

Pero otra sorpresa inesperada. Más fuerzas acaban de llegar. Ya es bastante entrada la noche. Ya llevan aquellos muchachos 24 horas sin descansar casi ni un momento entre unas cosas y otras. Empero han de continuar firmes. El ataque del enemigo no se deja esperar. Consiguen quitar la bandera y destruir el Sindicato. Costó algún trabajo, pero eran muchos, bien provistos de fusiles. Mas no por eso consiguieron herir a ningún paisano. Había muchos escondites. Conocían perfectamente el terreno. Los tiros continúan. Por momentos arrecia y aplaca el intermitente dialogar. Y siguen llegando fuerzas. Alguien en el teléfono—ya reparado—está medio loco pidiendo fuerzas. ¡Fuerzas! ¡Que nos asesinan estos salvajes!

¡Cuántas cosas se ven grotescas y cómicas! ¡Dieciséis camiones de guardias de asalto y civiles llegaron en total! ¡Dieciséis camionadas de exhombres, dispuestos a matar a todo el que delante de ellos se pusiese! ¡Dieciséis camionadas, algunas con más de treinta guardias, ciegos de rabia, ahitos de discursos crueles, enardecidos por relatos "sensacionales" de aquella kabila que ellos tenían que "civilizar".

—¿De dónde vendrán tantos guardias? ¿Qué pasará por ahí?—se preguntaban los campesinos.

Existe ya la duda, la vacilación, la falta de fe en el triunfo, tan rápidamente esfumado de sus puros pensamientos.

—¡Son muchos guardias! ¿Qué hacer?...

Pasan las horas. Nuevos tiroteos. Más pánico en las fuerzas que se veían impotentes.

Ametralladoras y morteros lanzabombas han empezado a funcionar. Solamente a una burra han podido matar. Los obreros o no había ninguno o rebotaban... en sus pechos las balas mercenarias de los hijos de la República.

Manuela Lago sale de la choza dando vivas al Comunismo libertario.

Las balas silbaban por encima de chozas y tunales. Los morteros continuaban lanzando bombas. Hombres junto a la choza quedaron muertos y heridos. Las escopetas y los fusiles disparaban sin cesar. Monólogo continuado que daba energías y decisiones sobrehumanas.

Las escopetas apaciguaron su disparar. Es de madrugada. Unas ametralladoras se han emplazado muy cerca de la choza que ha de pasar a una historia social, condensadora del valor, del heroísmo, del anciano compañero "Seis dedos", sus hijos Pedro y Francisco, su nuera Josefa Franco, Manolo Quijada, Manuela Lago...

Uno de ellos entró mortalmente herido en la choza y sin embargo con fe, con ánimos, desesperadamente, disparaba contra todo el osado que frente a la choza quiso parapetar.

Pero en la calle había "gente" borracha de vino, deseosa de saciar su sed de sangre, que no repararía en ningún procedimiento salvaje, criminoso, para rendirlos.

Unos trapos impregnados de gasolina son arrojados al techo de castañuela, prendiéndose rápidamente en cosas-les llamaradas.

¡Fuego! ¡Fuego en la choza de "Seisdedos"! ¡Donde había hombres que jamás hicieran daño a nadie! Hombres que su único afán consistía en querer hacer del mundo un remanso de paz y fraternidad.

Y había mujeres que cual modernas Walkirias daban vigor, entusiasmo, coraje, nuevas rebeldías a los hombres. Decididos ya sin otear ningún vestigio de posible defensa de sus vidas, sabiendo que en la calle serían barridos por la metralla—como el hijo de Josefa, Francisco García Franco, de 17 años, que al salir de la choza fué muerto a balazos—, prefirieron morir. ¡Oh! sí, morir todos abrazados, unificadamente, en unos momentos horribles, interminables en que ansiarían morir de una vez, para que su tormento fuese más rápido.

¡Delirio del terror y del crimen! La choza ardía, ardía.

La muerte a cada instante que pasaba estaba más próxima.

Roja y negra estaba la choza con el humo y las llamas que subían queriendo escalar alturas...

Rojinegros eran los pensamientos de los que ya estaban dispuestos a morir defendiéndose.

"¡Delenda et Carthago!"

Entonces una muchachita de diecisiete años, Manuela Lago Estudillo se lanza a la calle con sus ropas ardiendo. En la mano empuñaba una pistola. Se separa un poco. Las balas de fusiles y ametralladoras pasan veloces por su derredor. Algunas agujerean su cuerpo pletórico de juventud, de salud y belleza.

¿Qué pensaba hacer? ¿Qué determinación era la suya al salir de la choza?

Ella no se preocupó de que sus ropas ardían. A ella no le dolían los mordiscos de unas balas que se incrustaron en sus carnes vírgenes. Ella no sentía el chirriar de su piel por la acción del fuego. Pero todo esto fué rápido, momentáneo.

Y en un gesto supremo y único, demostración plena de las convicciones de una mujer, rotundo alegato de condenación contra una sociedad vil y tiránica, sintetización de su valor, de su gran corazón y de su firmeza ideal, disparó contra un guardia que quedó en el acto fuera de combate, y al mismo tiempo gritó:

¡Viva el comunismo libertario!

(Este viva lo escucharon todos aquellos que impasibles o rabiosos presenciaron la obra maquiavélica de los de asalto.)

No le dió tiempo a repetirlo. Las mágicas palabras que electrizaron a un pueblo ¡a muchos pueblos! y que redimirán a la Humanidad, quedaron pendientes de sus labios cual una promesa anunciadora de un porvenir feliz y libre, de una sociedad sin crímenes y tiranías sociales, de una sociedad que extirpará la barbarie y el amoralismo de los hombres, destruyendo el antihumano concepto de

autoridad, generador de infamias y tragedias como la que esta aldeíta empezara a presenciar.

Una descarga cerrada recibió el cuerpo de la heroica compañera Manuela Lago, cayendo de bruces sobre un suelo terroso manchado de sangre y cubierto de casquillos de balas, en medio de una atmósfera asfixiante producida por el denso humo que la choza despedía y el olor a carne asada de unos nobles campesinos que morían con los ojos desorbitados y las manos crispadas, pidiendo, exigiendo de que algún día los hombres supiesen imponer en la tierra el reinado de la justicia y la libertad.

¡Viva el Comunismo libertario! ¡Viva el Comunismo libertario! ¡¡Grito de mártires!!

“La tierra se mueve” y Galileo fué muerto por decir esta verdad.

¡Viva el Comunismo libertario!, gritado por una joven cuando comprendió que moría, es otro grito subversivo, otro grito de convencimiento, manifestación espontánea de unos sentires y unos entusiasmos de lucha, de libertad y de amor.

¡De algo que no tardará en demostrarse que ha de ser una realidad manumisora y regeneradora de la especie humana, dolorida y sangrante de tantos crímenes monstruosos!

VINO Y SANGRE

Fuerzas, muchas fuerzas mandó la República para sofozar al misero pueblo en armas. Fuerzas que no llegaron con espíritu de transigencia cual era su deber. No mandaron emisarios para que depusieran su actitud, los pocos hombres que quedaron defendiéndose. Nada de ello.

¡Atacar! ¡atacar!—gritaban los jefes.

¡No tirar a las paredes, tirar a las puertas! ¡A las puertas!—ordenaba un capitán de asalto.

Y las puertas eran agujereadas, y las chozas y los tinales. Terror, solamente terror querían ellos sembrar, pero un terror de desolación y de muerte.

¡Sangre! ¡Sangre! ¡Queremos sangre! ¡Esos salvajes...! Estaban ya extenuados los “pobrecitos” guardias en aquella memorable madrugada del día doce.

Querían algo que les diera vigor y valentía. Nada mejor que el vino. Sí, mucho vino. El despacho de los hermanos Pérez es asaltado por las hordas de Galarza, exigiendo vino en gran cantidad.

¡Viva el festín! ¡Viva el vino!

¡Ah, infamia de infamias!

¡Moral estúpida, sentimientos rastreros! ¡Autoridad! ¡Orden! ¡Defensa del régimen!

¿Qué autoridad, qué orden, qué defensa era ésta?

¡Vino! ¡Viva el vino! ¡Vivan los guardias de asalto!

Y salían. Unos fusiles y unas ametralladoras continuaban su obra nefasta.

¡Sangre, sangre! ¡No hemos visto sangre!...

MANOLO QUIJADA ENTRA Y NO SALE DE LA CHOZA

A casa del buen compañero Manolo Quijada, que en aquel momento dialoga con su compañera, se han dirigido los “prácticos” en el pueblillo. Pedro Salvo y Manuel García. Guardias civiles elevados a la categoría de “jefes de operaciones”.

Por los alrededores de su choza encontraron a unos hombres que los guardias apalearon haciéndoles huir.

Amarran a Manolo. Se lo llevan. Cuando han andado un poco empieza la descomunal paliza. Palos. Culatazos, todo, todo cuanto quisieron. Quijada chorreaba sangre. La cara, las manos, la espalda. Hecho un verdadero eccehomo. Lo arrastraron como a un beodo, hasta llegar junto a la choza de “Seisdedos”.

Los de asalto y civiles sonríen al contemplar al mártir. La choza empezó a arder.

Y Manolo Quijada fué medio arrojado por la puerta donde unos compañeros no sabían en aquellos instantes qué determinación tomar.

Según dicen los responsables del crimen, a Manolo lo llevaron allí para que "Seisdedos" y sus familiares se entregaran.

¿Pero es posible que ellos al ver a Quijada en aquella situación, con los ojos desorbitados, chorreando sangre, sin casi poder articular una palabra, se sintieran, se sometieran a las fuerzas sanguinarias que habían destrozado al buen compañero, emisario de la paz, según los guardias?

¿Qué corazón no se les pondría a los que en la choza buscaron un refugio?

¿Se iban a entregar para correr la misma o peor suerte que Quijada?

Luego, ¿no era preferible morir...?

Esa fué su determinación. De no haber entrado Quijada en aquel estado es casi seguro que todos hubieran salido de la choza cuando ésta empezó a arder.

Pero aunque se tuviese convencimiento de que no saldrían ¿no se podían rendir por hambre durante uno o dos días?

¡Que no hablen de emisarios! ¡Que no hablen de espíritu transigente! ¡Que no hablen de humanismo, prensa, diputados y autoridades!

Se cometió un crimen, de esos que solamente encontramos en historias de antaño, en que imperó el más desenfrenado feudalismo y absolutismo de señores de horca y cuchillo representantes de bastardas religiones y añejos pergaminos aristocráticos.

ROSAS DE FUEGO

La choza se hundía... se hundía... Unos hombres y una mujer quedarían abrasados por unas llamas que ansiosamente devorarían, derretirían unos cuerpos. Dejarían sin vida unos pensamientos nobles y unos corazones amantísimos y solitarios.

Aquel viejo anarquista que compartía su pan con todos los errabundos, aquel que siempre generosamente abría

les sus brazos a los defensores de la Verdad y los Derechos Humanos; aquel que a una mujer cuidase durante bastante tiempo en una enfermedad sumamente contagiosa que hasta su mismo esposo se negase a ello; aquel que la traje después de muerta al pueblo y la diera silenciosa sepultura; aquel que no conocía los egoísmos ni los odios: únicamente el amor y la fraternidad entre los seres humanos; aquel hombre, moriría como en tiempos ya olvidados de bárbaras opresiones, junto a sus dos hijos Pedro y Francisco, su nuera Josefa Franco, Gerónimo Silva y Manolo Quijada. Todos buenos a carta cabal. Hombres que nadie, absolutamente nadie, puede hablar mal de ellos. Nada más que de acciones bonisimas, demostración plena de sentimientos puros, de espiritualidad sensible, dispuesta siempre a lo honrado y lo justo por encima de todas las concupiscencias y maldades imperantes que ellos desearan ardientemente desterrar del vivir de las colectividades.

¡Vosotros, queridos compañeros, quedasteis bajo unos escombros, devorados por un fuego exterminador!

¡Vosotros luchasteis defendiendo heroicamente unas vidas y un Ideal de superación humana!

¡Vosotros caisteis truncados en la plenitud de la vida!

¡Los rescoldos de esa choza alimentarán generaciones de mártires y luchadores que emprenderán como titanes nuevas rutas constructivas del futuro!

¡Vuestras vidas y vuestra acción no caerán en los campos yermos y estériles, no!

Fecundizarán las almas de las juventudes que llegan al estadio de la lucha vindicativa.

Y santificarán las acciones magníficas y propulsoras de combates decisivos en pro de la justicia, de la gran justicia del pueblo, que vengará vuestras torturas y martirios con la revolución violenta que barra de una vez y para siempre todas las inmundicias sociales.

NUEVOS GOLGOTAS

¡Manolo Quijada, símbolo de martirio y valor!



Cuántas lágrimas por él han derramado, derraman, derramarán su compañera, sus hermanos, su pobre madre, ya vieja, que la sepultura la atrae con tanto sufrimiento. ¡Pobre madre! ¡Pobres hermanas y compañera!

¡Cuán desgarradores eran sus gritos en aquel amanecer de múltiples tragedias hogareñas!

¡Cuánto conmovieron sus palabras y sus lágrimas a los no insensibilizados, en su éxodo, buscando inútilmente en todas partes al compañero, al hermano, y al hijo bueno y cariñoso!

Su padre murió el año pasado. El único hermano que tenía está en la cárcel. Y dos jóvenes bellísimas (otra está casada) destrozados sus corazones al saber que su hermano fué martirizado y después quemado entre las llamas de una choza, han quedado junto a su madre y la compañera de su hermano, próxima a dar a luz algún ser, que no podrá conocer al padre que lo besara frenéticamente con amor de padre y de anarquista: ¡pobre niño, que ya antes de nacer estará sufriendo los zarpazos de una sociedad vil y decrepita, injusta y miserable que dice a los niños en el colegio, en la calle, en todas partes, que a "la patria han de defender y han de amar como a una madre...!"

Y esa compañera, y esas hermanas y esa madre, han quedado a merced de la misma sociedad mercenaria y cruel que su Manolo quisiera destruir.

No faltará, no, el señorito que queriendo abusar de una desgracia y una absoluta falta de medios económicos trate de cortejar materialmente unas bellezas femeninas. No contarán con que bajo unos modestos vestidos y una tragedia inenarrable en su hogar, en aquellas puras almas existe un alto concepto de la dignidad y de sus labios saldrá el más profundo desprecio ante tamaña vileza de burguesitos estúpidos, victimarios responsables de las lágrimas que derramarán estas dolorosas, tras el compañero, el hermano y el hijo, que no murió crucificado como el mitológico Jesús, sino que él, Manuel Quijada, murió defendiendo una doctrina más noble y hermosa, bajo el

fuego calcinador de una choza de castañuela y esposado, para sufrir aún más en los últimos estertores de su vida que se extinguió...

CRISTOBAL FERNANDEZ — ¡GERMINAL!
¡GERMINAL!

Ya clareaba el día. Distinguíanse los bultos a considerable distancia. El fuego de las ametralladoras había cesado. Una choza habíase aplastado carbonizando los cuerpos de unos seres humanos. De vez en cuando unos disparos secos. Unas veces parecían fusiles. Otras escopetas. Los hombres revolucionarios el que no murió se había marchado huyendo de los instintos vengativos de los uniformados.

Un joven de 22 años llamado Cristóbal Fernández Expósito, que jamás había tenido en sus manos una escopeta, en aquella madrugada histórica disparaba, disparaba sin cesar. Había visto el crimen cometido con su compañero Quijada, con la familia de "Seisdedos", con Manuela Lago, con los que ya empezaban a traer al montón. Desesperado no quiso huir. Quería disparar hasta el último cartucho. Y cuerpo a cuerpo, hasta que fué de día claro, mantuvo él solo a raya a gran número de guardias civiles y de asalto. Mató e hirió a no pocos. Era un hombre solo contra todos. Ya lo distinguieron bien y una descarga le segó la vida. El cuerpo de otro héroe quedó encima de un pedregal.

Hasta él llegaron los guardias civiles y uno de ellos no pudo por menos que exclamar:

¡Qué lástima de bravura! ¡Cuerpo a cuerpo te has bato con nosotros, valiente muchacho!

Cristóbal Fernández, asomando el Sol por encima de los pinos de las sierras, era llevado al cementerio.

Un joven anónimo en la lucha, dió una lección magnífica de decisión, de espíritu fuerte, tenaz, justiciero.

Seguramente en sus labios quedaron impronunciadas las palabras de Angiolillo:

¡Germinal! ¡Germinal!

UN PASEO FAMILIAR Y UNA CARTA A LA FELGUERA

La familia de Francisco Cruz (Seisdedos) el día 10 salió al campo, a coger palmitos, a respirar al aire libre el buen viejo en compañía de su hija María y de muchos de sus nietos, entre ellos María Silva "La Libertaria", que siempre con su abuelo vivió.

Aquel día fué de expansión, de charlar continuo de muchas cosas tanto de la localidad como del exterior.

—Mira, abuelo, anteayer mandamos dinero a los huelguistas de La Felguera.

—Muy bien hecho—contesta el respetable anciano a su nieta Catalina .

Al llegar a nosotros esta conversación hemos pensado en una carta que refleja el concepto solidario que de la lucha tenían estos campesinos.

"Casas Viejas, 8 de enero de 1933.

Compañero X. La Felguera.

Estimado camarada: Salud y anarquía. La organización de Agricultores y oficios varios de este pueblo, afecta a la C.N.T., al leer la nota que insertáis en nuestro diario "C.N.T." del 28 del pasado, se ha persuadido de que todo compañero digno debe aportar su ayuda solidaria a los valientes camaradas huelguistas de la Duro Felguera.

"Nuestra organización en asamblea general celebrada el día 1 de enero, acordó por unanimidad enviar a los referidos compañeros la cantidad de 35 pesetas que recaudaron en los ocho primeros días del mencionado mes.

"Sin otro particular, salud y revolución. — El tesorero, J. Rodríguez. — El Secretario, Jerónimo Silva."

"Nota.—Después de escrito lo que antecede, varias compañeras jóvenes han hecho una suscripción aportando cada una de ellas las cantidades siguientes:

María Silva Cruz, "La Libertaria", 0,50 pesetas; Catalina Silva Cruz, 0,30 ptas.; Catalina Silva Cruz (prima

de la anterior, hija del Secretario), 0,40 ptas.; Juana Saborido Pérez, 1 peseta. Total: 2,20 pesetas."

¡Quién sospecharía que ellos, los firmantes de aquella carta, el uno moriría y el otro, nadie sabe dónde ha ido a parar! ¡Noble viejo; ingenuas y sentimentales jóvenes que a su abuelo contaránle su acción! Cuán lejos estaban de imaginar la tragedia que sobre todos se cernía, en aquella tarde de felicidad, de unos corazones que comunicáranse gratas impresiones optimistas, perspectivas de próxima transformación social.

NOCHE DE SUFRIMIENTO

El día 11, María Cruz lloraba, al sentirse los primeros tiros de los Galarcianos.

—¿Qué te pasa hoy, mujer?—pregunábale el padre.

Ayer tan alegre y ahora tan triste. ¿Está Juan más enfermo?

—No. Es... no sé ni lo que tengo. Me parece que os va a pasar algo malo.

—¡Qué cosas tienes!—y se marchó riendo.

Avanza la noche.

—Juan, levántate—dícele María Cruz a su compañero.

—Hija, si no puedo levantarme.

Los hijos de Fernando Lago entran llorando, asustaditos todos, queriendo cobijarse allí, en casa de María.

También Sebastiana Cruz entra llorando con dos niñas en los brazos.

—¡María! ¡María! ¡Que nos asesinan a todos!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Que han quemado la choza de papá y esta también la quemarán!

—¿Y ellos?

—Se habrán ido huyendo.

Desesperación en todos. Cogen a los chiquillos y los llevan a la casa próxima. Ya estaban libres de incendios,

pero no sabían lo que pasaba en la calle ni lo que les habría ocurrido a sus padres, hermanos y compañero...

¡Qué horas más amargas! ¡Cuán imborrables habrán quedado en la mente de todos aquellos niños!

El Sol sale ya. Tristemente, alumbrando la horripilante escena de una noche de desenfreno gubernamental.

Entonces llega a oídos de los que se refugiaron en la casa un formidable tropel.

—¡Esta puerta cerrada! ¡Esta puerta cerrada!—gritan los de asalto.

Tirotean puertas y ventanas. Nadie se atrevía a abrir puesto que sería acribillado a balazos. Los hijos y sobrinos de María Cruz en un rincón todos abrazados, temblando de terror, llorando desconsoladamente junto a Juan Silva que en un colchón recostado, trataba de mitigar el dolor y el miedo de todos.

Abren la puerta y aparece este cuadro—que no ha pintado ningún artista—digno de conmiseración, que aquellos hombres insensibles y encanallados no supieron ver.

—Venga usted para acá—ordenan los guardias civiles “prácticos” a Juan Silva.

—¿Pero qué vais a hacer con mi padre?

—Es para que vaya a declarar solamente.

—¡Si él ha estado aquí sin moverse desde hace unos días!

Nadie escuchó estas palabras. Los chicos seguían tras el padre. Unos guardias de asalto empezaron a disparar contra ellos. Tienen que huir, de lo contrario unas balas les alcanzarían. Y unas madres huían por aquellos callejones, con sus hijos menores en brazos, en cueros, descalzos, ateridos de frío por efecto de la gran helada que aquella madrugada había caído, corriendo como locas ante un miedo instintivo de que sus hijos perdieran la vida a manos de aquellas gentes uniformadas.

A una le faltaban dos hijos. A aquélla cuatro. A todas el marido. Delirio inenarrable de sufrimiento, de martirio supremo, de unas madres que ya en pleno campo no sabían qué sería en aquel momento de los hijos que les

faltaban, ni del compañero llevado amarrado por los guardias para “tomarle una declaración.”

EMPIEZAN A FUSILAR

En un lento crujir y chirriar de carnes y maderas una choza habíase hundido...

No había heridos... ni presos, ni muertos... en la calle.

Precisábase buscar, demostrar lo necesario e imprescindible que fué el empleo de las ametralladoras, bombas, incendio...

Con órdenes concretas y severísimas hacen un recorrido por el pueblo para detener a los que eran señalados por los guardias o por ellos mismos.

Llegaron a la choza de Fernando Lago (Casares), y lo amarraron. El no quería ir. Pero le daban empujones. Cuando ya iban llegando a la choza de “Seisdedos” él se resistía más, comprendiendo que lo iban a matar.

Los guardias de asalto decían:

—Este quiere que lo matemos aquí. Tendremos mucho trabajo con llevarlo a cuestras. ¡Que vaya por sus pies! Y allá lo llevaran medio a rastras.

—¿Conoces a ésa?—le preguntan aquellos insensibles guardias delante del cadáver de su hija Manuela, muerta valientemente al grito de ¡Viva el Comunismo libertario!

¡Qué cuerpo se le pondría al padre al ver a su hija medio quemada y destrozada a balazos!

Después que se hartaron de martirizarlo lo pusieron firme y junto al cuerpo de su hija; él, sin vida también quedó.

¡LE PARECIA IMPOSIBLE VERLO MUERTO!

Llegan a casa de Manuel Benítez (Manoleta), que se encontraba al lado de su compañera, Sebastiana Reyes y sus ocho hijos. Lo amarraron junto con sus sobrinos Juan García Benítez y Manuel García Benítez, llevándolos también a declarar.

Sebastiana, presintiéndose que a nada bueno obedecía la tardanza corre hacia el lugar donde tuvieron el epilo-

go sangriento los sucesos que nunca se borrarán del pensamiento y del alma de los trabajadores.

Unos guardias de asalto impedían el acceso hacia la choza. Pero ella, decidida da empujones a los guardias y consigue llegar al montón de cadáveres. Conoce a su compañero por los zapatos. Ha de levantar a dos o tres para ver al buen esposo y cariñoso padre.

Aun tenía un poco de vida. Los ojos medio entornados en los últimos aleteos de vitalidad. Ella lo abraza, maldice, increpa contra todo. Tremante de indignación, lo mira y remira. Le parece mentira que sea aquel su compañero.

¡Muerto! ¡Eso era imposible!

Recorre de nuevo el camino andado. Llega a su casa y a sus niños pregunta por el padre.

Contestan extrañados, recordándole a su madre que se lo llevaron los guardias.

Y otra vez vuelve al "montón".

—¡Manuel! ¡Manuel!—llamábalo inútilmente mientras a él se abrazaba queriendo así darle el vigor que destruyeran unas balas disparadas por manos infames.

—¡Manuel! ¡Manuel!—repetía dolorosamente.

Unos guardias han llegado, arrancándola de allí a viva fuerza.

Ya no era ella sola la que por allí lloraba desgarradoramente. Madres, padres, hijos, hermanos, amigos de todos los caídos daban gritos que tenían que hacer llorar hasta a las piedras menos a los guardias. Ellos tienen el corazón mucho más duro que la piedra de granito.

Resecados en el ejercicio del crimen, con su impunidad de siempre, con su embrutecimiento alcohólico.

Unos viejecitos querían llegar a ver a sus hijos, ya enterados de que muertos habían sido. ¡Pobres viejos! Engañados al decirles que los llevaban a declarar y luego encontrarse con que los mataron sin preguntarles nada absolutamente.

¡Matar, sí, matar campesinos! ¡No había más reme-

dio!... Tenían que "justificar" de alguna manera el levantamiento revolucionario.

CRIMEN, SAQUEO E INSULTOS

El hijo de Barberán, apodado "El Pini", se salvó por pura casualidad, lo que demuestra de manera contundente de qué forma tan canallesca asesinaron a los campesinos. Lo llevaron amarrado dos guardias de asalto al "montón".

Lo ponen firme para fusilarlo igual que a los otros.

Viendo él que su vida peligraba llama a un guardia civil que pasaba por allí cerca.

Este al conocerlo acude presuroso y detiene la ejecución con estas palabras.

—Hombre, a ese no. Es un buen muchacho.

.....
Cuando dieron por terminadas las "operaciones", un montón de cadáveres fué arrojado a los rescoldos de la choza. Hasta trajeron al viejo Barberán, muerto junto a su nietecito en la puerta de su casa.

Entonces, ya satisfechos, contentísimos de la "gran jornada", dieron un viva a la República y a España.

No ha muchos años en Marruecos se daban vivas al rey y a la patria en plena guerra.

¿Hay mucha diferencia entre el viva de los guardias de asalto que destrozaron veintidós vidas humanas en la aldea, a los vivas de los soldados del Tercio cuando pasaban por encima de los cadáveres de los moros?

Torquemada, Arbués, Anido. Inquisición en nombre de la Iglesia, de la monarquía, de la República ahora. Es lo mismo. ¡¡Inquisición!!

Libertad, Igualdad, Fraternidad, Constitución, Democracia. ¿Dónde queda? Tópicos manidos, relegados a la mansión del alvido, del no ser.

.....
—Por cada uno que haya muerto de nosotros mataremos trece—habían dicho los de asalto.

Empieza el saqueo. A casa de algunos compañeros llegaban y a sus hijos y esposas les decían:

—Podéis ya contar con que no tenéis padres ni maridos. Donde quiera que los veamos morirán a nuestras manos. Son unos cobardes. ¡Mirad cómo huyen ahora! ¡Granujas! ¡Miserables...!

Y el pueblo recorrieron nuevamente, después de haberse llevado del modesto establecimiento del compañero Cristóbal Torres las cajas de botellas de marca, conservas, dinero y destrozándose todo como final. Así en otras partes también.

Lección sanguinaria, bestial, vandálica.

Insultos sobre insultos. Riéndose de la tragedia. Burlándose del dolor del pueblo. Eso hicieron las fuerzas que mandó "la democrática república de trabajadores... para enchufes".

LISTA DE MARTIRES

Explicaremos brevemente los nombres de todos los muertos que se sepa hasta la fecha, cómo los mataron, y los hijos que tienen.

Francisco Cruz Guitiérrez, "Seisdedos". Sus hijos Pedro, Francisco, María y Sebastiana. Murió en la choza.

Pedro Cruz Jiménez, unido a Josefa Franco, viuda que tenía dos hijos (murió en la choza).

Francisco Cruz Jiménez, soltero (murió en la choza).

Josefa Franco (murió en la choza).

Jerónimo Silva González, secretario del Sindicato y casado con Sebastiana Cruz Jiménez. Deja tres hijos (murió en la choza).

Francisco García Franco, hijo de Josefa (murió al salir de la choza).

Manuel Quijada, su compañera próxima a dar a luz (murió en la choza).

Manuela Lago Estudillo, hija de "Casares" (muerto al salir de la choza).

Fernando Lago (Casares), deja a su compañera y cinco hijos (murió fusilado).

Cristóbal Fernández Expósito, viudo. Tiene una niña de tres años recogida por su abuela. (Murió batiéndose con los guardias.)

Juan Galindo González, compañera y seis hijos. La compañera de éste es hermana de Gerónimo y Juan Silva, ambos muertos. (Murió fusilado.) Manuel García Benítez y Juan García Benítez, hermanos, dejan a su abuela, padres enfermos y cinco hermanos. (Murieron fusilados.) Andrés Montiano Cruz, deja a sus padres. (Murió fusilado.) Manuel Pinto García. Su madre enferma y anciana. (Fusilado.) José Utrera Toro. Su madre medio loca, por la muerte de su hijo arrancado de su hogar. (Fusilado.)

Juan Grimaldi Villanueva. Sus padres ancianos (fusilado).

Antonio Barberán. Viejo de setenta años. Deja hijos, pero principalmente quien más lo siente es su nietecillo huérfano de padres (murió en medio de la calle por los disparos de las ametralladoras).

Rafael Mateo Vela, medio ciego que estaba. Deja a su madre (muerto en la calle).

Balbino Zumaquero. Su madre viuda (fusilado).

Juan Silva González. Su compañera María Cruz Jiménez. Tiene siete hijos: María 18 años. Catalina 16. Carmen 14. Francisco 12. Juan 10. Manuel 8. Antonia 5, y Manuel García Franco, hijo de Josefa, que se escapó de las llamas y que ha recogido esta compañera (murió J. Silva también fusilado).

Estos niños han quedado sin padres. Estas compañeras han de debatirse entre hordas sin sentimientos, ni conciencia. El proletariado confederal tiene la misión de atenderlos. Los hombres anarquistas deben impulsar esta obra magnífica de solidaridad para arrancar a unos niños—muy pocos—que fueron llevados casi por fuerza a centros oficiales de parodias caritativas, y entregárselos a sus madres y que éstas en su máximo dolor, encuentren siempre el apoyo económico y la voz fraternal de los

que luchan por hacer triunfar la sociedad por la cual ofendieron su vida.

NUEVE DIAS LOS RESTOS HUMANOS ENTRE LOS ESCOMBROS

Han pasado unos días. Reporteros llegaron a la aldea y comerciaron con el crimen falseando la verdad de lo ocurrido. Callando miserablemente esos vendidos a la prensa oficial que en Casas Viejas fueron fusilados unos campesinos. Silenciando que unos cuerpos carbonizados quedaron enterrados en los escombros, sin que absolutamente nadie los sacara para darles sepultura.

Tenían que dejarlos, que unos perros los sacasen a trozos y arrastrasen por las calles brazos y piernas de Quijada, de "Seis dedos", de Josefa Franco...

¡Tuvieron ¡oh sí! tuvieron que dejarlos allí para martirizar aun más a sus familias que veían diariamente a los perros devorar ansiosamente cachos de carne humana!

Y una muchachita bastante joven, hermana de "La Libertaria" llamó a un municipal y lo llevó a los viejos padrones de la choza destruída.

Entonces, sufriendo intensamente, ahogando el llanto y los suspiros que pugnaban por salir de su pecho al recordar a los seres queridos, cogió en sus manos trocitos de huesos y le decía colérica:

—¡Estos, estos huesos son de mi abuelo, de mis tíos! ¡Y no se puede consentir que después de nueve días siga esto aquí!

Así le habló la muchacha. Solamente entonces recogieron los restos que dejaron los perros y el fuego, de unos nobles hombres y una buena mujer.

EL PARLAMENTO SE INUNDA DE SANGRE

¡Parlamento! ¡Política! Puro empirismo de gran farsa. Derroche de retórica estúpida y bárbara, al abrir sus puertas tras un lapso de agosto reposo...

Cosas gravísimas ocurrieron. Problemas palpitantes a resolver. Allá, en la riente y pródiga provincia gaditana, en una aldehílla que no conocíais, señores parlamenta-

rios, asesinaron a muchos campesinos, los guardias civiles que vosotros dejarais continuar en el benemérito cuerpo, y los guardias de asalto, invención de los "preeminentes-republicano-socialistas.

Unos campesinos que os pedían trabajo constantemente: que solicitaban construcciones de puentes y carreteras que los uniera a otros pueblos hermanos; que querían hacer producir unas incultas tierras, ellos directamente, o por lo menos que las labrasen sus propietarios.

Pero aquellos campesinos jamás fueron atendidos, cuando pan o cultura pidieron.

Tuvieron que rebelarse contra tantos engaños y vejámenes, para que vosotros les enviaseis, no una solución a su vida de sufrimientos, sino unos hombres uniformados con órdenes concretas para exterminar a los osados que se atrevieron a poner en duda la moralidad... la consistencia y la democracia, de una dictadura fascista...

Y al pueblecito llegaron matando, asesinando, incendiando, saqueando, robando, destrozando, para siempre unos hogares, truncando sádicamente unas rosas humanas, que no llegaron a florecer.

Y vosotros el crimen aplaudisteis. Quedasteis conformes con que más de veinte campesinos sus vidas perdieran. Reísteis, al saber que unos niños quedaron huérfanos, desamparados, faltos del calor de su amado padre. Al saber que unos ancianitos ya no podrían volver a besar al hijo que les fué arrancado de sus brazos en una mañana fría de enero. Al saber que un Sindicato de la C. N. T. fué destrozado y que la bandera rojinegra cambiáronla por la tricolor.

¡Firmad! ¡Reíd! ¡Seguid firmando masacres; dejad que continúe la impunidad! ¡Que sigan matando a mansalva a nobles campesinos, que nada absolutamente, le debían a la República!

No esperábamos otra cosa de este Parlamento, de ningún Parlamento. Hemos comprobado una vez más la corrupción de los hombres en el Poder. Hemos palpado hasta qué grado de insensibilidad han llegado los que ayer

decían combatir las injusticias, y al régimen que no daba libertades...

Sometimiento disciplinario. Rebaño borreguil de parlamentarios. Gentes sin personalidad ni criterio propio, que son capaces de poner sobre el tapete el Santo Oficio, con tal de no perder el "enchufe", succionador incansable del esfuerzo continuado de unos proletarios míseros, que son acribillados a balazos y achicharrados en una choza por los agentes a sueldo de un Estado, de todos los Estados que sostienen con plomo el hambre, y con plomo quieren acallar las voces y los actos de justicia de los pueblos rebeldes...

Terminó la comedia ridícula. Una vez más los trabajadores han sido burlados y escarnecidos.

¡Continuad la farsa! ¡Proseguid apuntalando el régimen capitalista! Desoíd la voz del pueblo que clama justicia, que pide pan, que ansia libertades y derechos arrebatados o no conseguidos.

Llegará la hora, no dudarlo, que tendréis que oír por fuerza, no la voz ni el clamor popular implorando benevolencia, compasión y mitigación de sus sufrimientos, no: Oiréis el rugido de los hombres y los pueblos, irradiando cual Prometeos, antorchas magníficas de rebelión manumisora; y de sus labios las frases enardecedoras que electricen a los parias en su pujante acción demoledora de tantas viejas instituciones de engaño y traición.

Entonces, solamente entonces, habrán terminado los payasos de la política de reírse del dolor y de asesinar impunemente a honrados proletarios en un minúsculo pueblecillo gaditano.

...Su sangre ha llegado al Parlamento uniéndose a la mucha que ya había... Y no los conmovió...

Y sin embargo morirán... ahogados... en sangre...

PARA TODOS LOS CAIDOS, CHISPAZOS DE REBELDIAS

Compañeros de Casas Viejas, Medina Sidonia, Alcalá de los Gasules, Paterna de Rivera, Michlana de la Fron-

tera, Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera, Arcos de la Frontera, que habéis sufrido el zarpa brutal de la más desenfadada represión, que habéis caído muertos, heridos y en las cárceles inmundas e indignas: que habéis sufrido el éxodo de persecuciones sistemáticas por entre matorrales, donde fuisteis cazados como alimañas: que habéis tenido que soportar crueles apaleamientos en los cuartelillos, jefaturas y cárceles aplicándoos procedimientos inquisitoriales de épocas remotas, resurreccionados ahora en "plena democracia" (léase estomacracia). A todos, un abrazo fraterno de la C. N. T.

Compañeros de La Rinconada que soñasteis y realizasteis el vivir doce horas en comunismo libertario. Después... tras la desilusión y la rabia, llegó la ola represiva. Para vosotros queridos compañeros, son también las simpatías de los proletarios que han iniciado gestas hacia el porvenir anhelado.

Compañeros de Bugarra, Pedralba, Betera, Ribarroja, Alcira, Cullera, Tabernes y otros de la región Valenciana como igualmente, Sallent, Ripollet, Tarrasa, Lérida y otros más de la región catalana caídos también en este intento generoso de transformación, la Confederación Nacional del Trabajo os da alientos esperanzadores, os da energías nuevas para que sigáis impertérritos, deseando la pelea con más bríos y entusiasmos contra el capitalismo y el Estado.

¡¡¡Casas Viejas!!! ¡Todo un historial de mártires de la Confederación! ¡Etapas sucesivas de sacrificios abnegados, de sangre, mucha sangre derramada por los anarquistas, por los que noblemente ansian la liberación del yugo esclavista que soportan los pueblos!

¡Seguid, camaradas, seguid; con más entusiasmos, con más decisiones y audacias, para derrocar al mundo viejo que agoniza, queriendo en sus estertores postreros decapitar al mundo pujante que nace al beso fecundante de legiones de mártires y héroes muertos gloriosamente en defensa de una espiritualidad de superación humana, que a las colectividades salvase del embrutecedor materialis-

mo padre de dictaduras blancas, negras y rojas, vivero de barbarie y degeneraciones sociales de pueblos y culturas superiores de progreso científico y social.

Adelante sin desmayos, sin pesimismo en esta hora que todo es invitación perenne a la lucha propulsora de inmediatas realizaciones.

La Confederación Nacional del Trabajo marcha sin túbicos; decidida a continuar la ruta emprendida hasta conseguir sus objetivos. Ahora sólo son destellos. Los pueblos han sentido el comunismo libertario. Lo han vivido horas, días... Llegarán a vivirlo meses, años, siempre... dando caídas, haciendo rectificaciones, cayéndose aquí, levantándose allá, hasta que de una vez se consolide forma tan humana de convivencia social.

¡Vuestro sacrificio servirá de combustible generador de santas rebeldías emancipadoras, que alentarán la contienda entablada por el proletariado Confederal contra los poderes coercitivos.

¡La choza de "Seis dedos" ha de ser antorcha que irradie el suelo ibérico con sus resplandores rojos, inyectando al pueblo savias prepotentes de energías, para derrocar regímenes de inquisición, hambre y salvajismo!

¡Hombres y mujeres, niños y adolescentes masacrados por las hordas asesinas, achicharrados por un fuego que no entiende de víctimas, ni victimarios, destrozados por unas balas insensibles, muertos por la barbarie de una civilización republicano-socialista, todos, todos, seréis vengados, seréis reivindicados por vuestros hijos, por el proletariado que ha de velar por ellos, para hacerlos hombres y mujeres, forjadores de nuevas gestas revolucionarias alentadoras en la ruta emprendida en pro de la total liberación de los pueblos y los hombres oprimidos y explotados!

¡Avante por la Confederación y el Comunismo libertario!

TELON



C.D.H.S. - A.E.P.
Basel

... 28 :obert